

El cual había de inspirar obras de teatro de nuestros mayores poetas, no menos que Montserrat, el caudaloso «Montserrat», poema de Cristóbal de Virués, poeta y soldado en Lepanto como Cervantes. En cuanto a este último, ¿quién no recuerda la devoción mariana de sus héroes novelescos, por ejemplo, en la deliciosa novelita de «El Cautivo»? Por cuenta suya Cervantes honra a la Señora con una espléndida serie de octavas, en las que abundan los endecasílabos con sabor a castellana letanía: «Prudentísima Ester, que el sol más bella», «Niña de Dios, por nuestro bien nacida», y otros semejantes y devotísimos requiebros.

Para muchos catadores de poesía es la del Maestro Fray Luis de León la suprema en calidad y categoría lírica de toda nuestra lengua. La tribulación que hubo de sufrir encarcelado por la «envidia emponzoñada, engaño agudo, lengua fementida, odio cruel, poder sin ley ninguna», le fuerzan a dirigirse en demanda de socorro a la Gloriosa. La «Virgen del sol vestida» se apiadó, en efecto, del apasionado poeta y pudo al fin el cantor de los nombres de Cristo ver llegar el día de su liberación y de la proclamación de su inocencia. Pero cuánta angustia patética en la famosa canción «Virgen que el sol más pura», qué asombrosa riqueza de imágenes, de movimiento lírico, de embravecido ritmo. Cuánta ternura y confianza en medio de la tribulación y, en suma, qué obra maestra digna en todo del supremo poeta. Desde un punto de vista de poesía culta, rica, grandiosa y compuesta, nada hay que la supere ni que la iguale siquiera. Es la cumbre de la gran poesía mariana española con estilo individual y arte de aristócrata escuela. Y sobre todo, nos llega al alma porque por encima de todos sus primores, nos conmueve hasta el llanto la desolación y la fe del maestro.

Andrés Rey de Artieda, otro capitán poeta, nos deja en acabado soneto el retrato físico de la Virgen. Es el devoto San Lucas de nuestra poesía. Mientras para Valdivielso, María es la Luna, la Luna del cantar bellísimo que él aún convierte en más hermoso aplicándosela a la Luna María:

¡Ay, Luna que reluces,  
toda la noche me alumbres!  
¡Ay, Luna que reluces,  
blanca y plateada!  
Toda la noche me alumbres,  
la llena de gracia;  
¡Luna que reluces,  
toda la noche me alumbres!

Y hablando del maestro Valdivielso, cantor de San Josef y, por lo tanto, de la Virgen, salta el nombre del maestro del maestro, del gran Lope de Vega. La antología mariana de Lope, aun descontando su brazada incomparable y olorosa de villancicos, es de una riqueza incalculable. Porque, «¿Quién tendrá alegría—sin la Blanca Niña?». Maravillosa alegría de Lope, de Lope padre o sacerdote, cantando a la Purísima. Y alegría también después del dolor del pecado, deshecho en abrasadas lágrimas. Lindísimo es el soneto «A la Virgen de Montserrat», sobre el motivo bíblico y popular de «dióme el Sol y ya soy morena». Y con otras Vírgenes de España cantadas en el teatro y en la lírica de Lope, por ejemplo, la de la Cabeza: «La Virgen de la Cabeza—¡quién como ella!».

Los poetas andaluces rivalizan en garbo, luminosidad y esplendor poético y retórico cantando a María. Pedro Espinosa, en su soneto tripartito a la Virgen de Monteagudo, realiza una hazaña paralela de técnica y de ternura delicadísima. Y su amada doña Cristobalina da a todas las poetisas un ejemplo (que no siempre han seguido), cantando en